

Conflictividad laboral y control sindical

Tenemos a las fuerzas políticas alarmadas y nerviosas estos días. El asunto de Reinososa les ha escandalizado.

El pasado día 12 de marzo, un grupo de trabajadores, apoyando la acción de su Comité de Empresa, que había retenido al ex-director en el interior de la fábrica como presión contra los planes de reestructuración y regulación de empleo, hicieron frente a las fuerzas del orden cuando éstas iniciaron el ataque para el desalojo del local.

El resultado de la batalla campal que se originó fue de varios heridos en ambos lados y el acorralamiento y desarme de algunos guardias civiles por parte de los obreros.

La prensa ha hablado de la falta de previsión

y contundencia en la actuación represiva de la fuerza pública, pero, sobre todo, del poco control del Comité de Empresa (12 miembros de CCOO, 8 de UGT y 3 de Fuerza Nacional del Trabajo)¹ sobre los trabajadores que actuaron de forma salvaje e irresponsable.

Pero este suceso sólo es el último de una serie de enfrentamientos violentos que se vienen produciendo en prácticamente todos los conflictos, últimamente muy frecuentes (estudiantes, portuarios, agricultores, mineros, etc...) en los que el gobierno se ve con dificultades para encontrar unos representantes «válidos» con los que poder negociar y llegar a acuerdos de parcheo para mantener el orden social.

No vamos a entrar aquí en las razones por las cuales, en España, no se ha estabilizado una burocracia sindical que ejerza un verdadero y rígido control sobre los trabajadores. De todos modos, en los años siguientes a la muerte del dictador sí que se produjo una relativa avalancha de afiliaciones hacia los sindicatos que en ese momento estrenaban su legalización. Con todo, la realidad de la reestructuración (reconversión industrial) fue recortando el espacio de negociación hasta tal punto que los sindicatos han dejado de sintonizar con los intereses más inmediatos de los trabajadores, relativos a las condiciones de contratación y de trabajo, salarios, etc. O sea, a ese tipo de reivindicaciones, cuya negociación, tradicionalmente, asumía la burocracia sindical en «nombre» del conjunto de la clase obrera. Ello explica que, en unos momentos, como los actuales, en los que las condiciones de crisis se acentúan, la base desborde, sistemáticamente, las directrices de la burocracia.

De hecho, muchos conflictos de la reestructuración se mueren por sí mismos, por la propia debilidad estructural y subjetiva de los trabajadores, pero no por la capacidad en encuadramiento y control sindical.² En realidad, los sindicatos se mantienen de un modo estrictamente institucional, gracias a las subvenciones del Estado. En este sentido, los líderes sindicales reconocían, durante la última campaña electoral, su política «excesivamente institucional» y la necesidad de orientarse hacia «un sindicalismo cotidiano».

Por otra parte, son permanentes los llamamientos a la constitución de sindicatos fuertes y las disposiciones gubernamentales apuntan en este sentido —por ejemplo, la LOLS (Ley Orgánica de Libertad Sindical)—.

Ya se sabe que la legitimación del Estado Democrático del capitalismo en crisis exige la integración formal del sindicalismo como un mecanismo fundamental en la consecución de la «paz social». De esta manera, el Estado mantiene a los sindicatos para que haga su control efectivo y esto es algo que, al menos por ahora, no pueden garantizar en España. Los sindicatos se arrojan la representatividad sobre una clase obrera desilusionada, atomizada y escéptica ante su futuro, pero también escasamente identificada con lo que puedan representar los sindicatos y el sindicalismo, en general.

La crisis y la transformación de la clase obrera

España presenta un cuadro general de rápida y profunda transformación en la composición de clase de los trabajadores que podría definirse como de precarización acelerada. Es decir, las condiciones laborales, sociales, de vida de los trabajadores son cada vez más precarias. El aparato industrial está de capa caída –aún más con la competencia de la industria comunitaria- y toda la política empresarial parece haberse quedado reducida a la consigna de la flexibilización.

El despido libre ha venido quedando amparado por los diversos acuerdos en los que se ha plasmado el pacto social durante la transición democrática. El sistema de contratación, se ha modificado de tal modo que los nuevos contratos sólo comprenden periodos de tres, seis, nueve meses o un año. Aparecen modalidades de contratación a tiempo parcial y de trabajos discontinuos y de libre disponibilidad.

El incremento de la productividad, las reducciones de las prestaciones de la seguridad social y la considerable pérdida del poder adquisitivo de los salarios (se negocia, incluso por debajo de la tasa de inflación prevista) son algunos de los «sacrificios» aceptados por los sindicatos en nombre de la solidaridad de los trabajadores en favor de la recuperación de la economía nacional.

En este sentido, hay que decir que las nuevas tecnologías al uso en el proceso productivo y la nueva organización del trabajo a ellas vinculadas, han desintegrado algunos sectores (textil, por ejemplo) e impuesto en otros de reciente aparición formas de trabajo (en pequeños grupos aislados, trabajo domiciliado, etc.) que suponen, de hecho, la descomposición del espacio tradicional en el que se configuraba la clase obrera y en donde adquiría consistencia práctica; o sea, la fábrica, el centro de trabajo estable... Y todo ello, está produciendo una profunda modificación de la población activa y de la vida social en España. Así, las repercusiones de esta

reorganización del sistema productivo alcanza unos niveles cuantitativos y cualitativos importantes: «el antiguo concepto de trabajador empleado de por vida, desaparece, a la vez que aparece una nueva forma de empleo (entre el paro y el empleo): el trabajo precario, irregular, esporádico, sumergido, negro, juntamente con otros empleos (especialmente en el campo de la educación y de la animación cultural) y con otros, hoy conocidos y que según las perspectivas actuales se crearán. Lo que cambia pues, es la antigua concepción y división entre paro y empleo, con todas las derivaciones psicosociales que ello conlleva sobre la apreciación del trabajo, del ocio, etc.» (ETCÉTERA, nº 5, pág. 56)

Por supuesto, este proceso de desintegración de lo que era la forma tradicional del sujeto proletario (el obrero-masa) no es algo unívoco, ni exento de contradicciones. Es, precisamente, por su carácter convulsivo, por lo que la resistencia proletaria se expresa con diversos grados de violencia y de contenidos que, cada vez en menor medida, pueden ser canalizados por la vía sindical.

Ocaso del sindicalismo

Los trabajadores ya saben lo que pueden esperar de las instituciones sindicales que se inhiben -cuando no intervienen activamente del lado de la patronal y del gobierno- ante el desmantelamiento de las conquistas del ciclo de luchas de los años del franquismo.

El sindicalismo, en tanto forma específicamente capitalista del encuadramiento de la fuerza de trabajo, se ve sacudido por las mismas condiciones de crisis que azotan el sistema en el que se integra. Además, la rigidez de la política económica del capitalismo en crisis ha alcanzado un punto tal en el que ya no hay lugar para las reivindicaciones tradicionales del movimiento obrero. El espacio sindical se ve reducido a su mínima expresión. La negociación es una formalidad encaminada a legitimar el carácter democrático y libre de la explotación capitalista de la fuerza de trabajo, pero sin ninguna contrapartida económico-social para los trabajadores.

Hasta tal extremo se hace patente esta situación que, con la excusa de la modernización del sindicalismo se está cambiando, incluso, el lenguaje de los dirigentes sindicales. Hoy día se habla de «sindicalismo responsable», cuando de lo que se trata, más bien, es de la negación práctica del sindicalismo; de su carácter reivindicativo. Es así como el vacío ideológico unido a la imposibilidad práctica de la acción sindical de masas, va creando el caldo de cultivo de la indiferencia. De hecho, la indiferencia no es sino la constatación más o menos consciente, de que la táctica sindical no

sirve a los intereses de los trabajadores de los trabajadores. Por eso, cuando estalla cualquier conflicto, la acción de la base desborda sistemáticamente el planteamiento sindical.

En realidad, no se trata tanto de la necesidad de un nuevo concepto de sindicalismo, como preconizan los burócratas de las centrales sindicales, sino de la realidad práctica del fin de una forma institucional de la fuerza de trabajo asalariada cuya lógica de supervivencia, por estar inscrita en la propia lógica del capital dominante, se ve completamente imposibilitada de salir adelante. Incluso, en sus aparentes victorias, la táctica sindical presidida por un criterio de negociación institucional, acaba por redundar en estrepitosos fracasos. (Ver, a este propósito, el artículo «Los mineros británicos y la nueva tecnología», en ETCÉTERA n° 8).

Sin duda, asistimos a una profunda transformación del colectivo obrero en España; la precarización de las condiciones de trabajo y de existencia están descomponiendo, asimismo, los factores anteriores de agregación de clase y, por el momento, no se detectan nuevos elementos sobre los que parezca articularse el conjunto de la población asalariada y, en consecuencia, pueda presentarse como alternativa de clase. Ahora

bien, lo que parece cada vez más evidente es que la vieja forma de encuadramiento —el sindicalismo— de la fuerza de trabajo en su propio estado agónico está dejando al descubierto su verdadera naturaleza de mero agente de gestión y control del potencial conflictivo latente entre los asalariados.

ETCÉTERA, marzo 1987

Notas

1. Sindicato fascista, ligado al partido de extrema derecha FUERZA NUEVA

2. En este sentido, los resultados de las pasadas elecciones sindicales son ilustrativos. Desde octubre a diciembre de 1986 se han llevado a cabo las elecciones sindicales en unas 78.000 empresas (un 45% más que en 1982), lo que ha supuesto para las centrales sindicales arrogarse una representatividad sobre unos 3.400.000 trabajadores. Según los propios sindicalistas, la participación, allí donde se hizo campaña, ha sido de un 80%. Lo que, en cualquier caso, supone la participación de algo menos del total de los trabajadores asalariados de España.

OOOOOOOOOOOOOO

CORRESPONDENCIA EN TORNO A «LA REVOLUCIÓN EN CUESTION(ES)»

1. A propósito de la revolución

El artículo de Orsoni llama, efectivamente, a la reflexión, o mejor dicho, llama la atención sobre algunos aspectos de lo que podríamos denominar el desinterés actual por la revolución. Los comentarios que le dedica Cossimo a dicho artículo me parece que centran justamente el debate y fundamentalmente estoy de acuerdo en casi todas sus precisiones.

Sin embargo, quisiera incidir en algunos aspectos teórico-prácticos de la cuestión con ánimo de aportar alguna idea que pueda ser útil.¹ Creo que todos nos hemos preguntado, en alguna ocasión, por qué la efervescencia de años anteriores no había cuajado en un amplio movimiento que además de cuestionar el sistema pusiera las bases de una sociedad radicalmente distinta de la presente.

Al parecer, el amplio movimiento del 68 fue el último coletazo de una forma de entender la revolución que, pese a sus secuelas posteriores, se fue diluyendo en el tiempo y la distancia. Creo que sería fructífero reflexionar a partir de la siguiente pregunta: ¿hay desinterés hacia el tema de la revolución, o es más bien apatía e indiferencia hacia una forma de entender ésta que hasta hace poco nos parecía (y me atrevería a decir que nos sigue pareciendo) la más correcta?

Si fuéramos capaces de responder a esta pregunta creo que habríamos hecho un avance importante en nuestras reflexiones. Yo particularmente no puedo contestar porque lo ignoro.

No obstante, sí puedo intentar, al menos, un somero análisis del camino que he recorrido hasta llegar aquí. En primer lugar, las grandes teorías y sistemas nacidos

en el siglo pasado (principalmente el marxismo) y que llegaron hasta nosotros sin grandes cambios han demostrado reiteradamente su incapacidad, tanto para entender, como para transformar el mundo.

Ciñéndome ahora al marxismo,² el fracaso teórico-práctico inmediato y la falta de confianza en una transformación radical de la sociedad (a lo cual habría que añadir el peso excesivo del gradualismo derivado del positivismo y la fe inquebrantable en el progreso del que después tendremos, quizá, ocasión de hablar con más detalle) hicieron que fuera restablecida una especial forma de mediación que en este caso concreto fue el partido obrero. Salvando las distancias que lógicamente los separan, el marxismo y el cristianismo habrían evolucionado de forma similar. En el cristianismo, la imposibilidad de establecer el reino de dios en este mundo, hace necesaria la mediación de la iglesia que se convierte de este modo en la intermediaria y por supuesto en la depositaria del poder absoluto para decidir de qué forma se logra este acceso o el establecimiento de dicho reino. En el marxismo será el partido obrero el que se arrogará este papel y también reclamará el poder absoluto de decidir tanto la oportunidad de la transformación social como de las directrices de esta transformación.

El triunfo del bolchevismo en el seno de la revolución rusa, dio un impulso considerable a las esperanzas en un cambio radical de la sociedad en el sentido de una mayor justicia social e igualdad³ pero, al mismo tiempo, supuso un impulso considerable en la dirección de una cierta forma de entender la revolución. Se consolidó la forma transitoria hacia la consecución de una sociedad sin clases: la dictadura del proletariado y se intentó exportar la táctica y la estrategia a todo el mundo.

Necesariamente esto suponía un reajuste importante de los sistemas socio-políticos de transformación social que en mayor o menor medida diferían del modelo bolchevique. Hasta qué punto esta influencia representó un grave inconveniente a la hora de plantear correctamente las bases políticas y socio-económicas de una transformación radical de la sociedad, es algo que requiere un estudio en profundidad y una determinada forma de plantear el problema.

Lo que ahora me interesa, son las consecuencias inmediatas del triunfo de la dictadura del proletariado en la Unión Soviética. Dejando de lado las críticas del sector conservador de los países occidentales que a grandes rasgos parecen coincidir y son hasta cierto punto lógicas, en la izquierda se produce una división a varios niveles que adoptará formas distintas dependiendo fundamentalmente de la trayectoria e ideología dominante en aquel momento en los

diferentes movimientos obreros. Si parece claro que el planteamiento leninista de la revolución debía desembocar como consecuencia lógica en la dictadura estalinista (o cualquier otra, pero que en el fondo hubiera sido lo mismo), y no faltaron análisis contemporáneos a los hechos que así lo apuntaron, ¿a qué se debió la persistencia en el error de considerar el desarrollo de la revolución rusa coherente con la idea de una transformación social? ¿qué hizo posible que la prensa anarquista española en noviembre de 1936 calificara a la Unión Soviética de «patria del proletariado», después de las masacres de anarquistas en Kronstadt, Petrogrado o Ucrania?

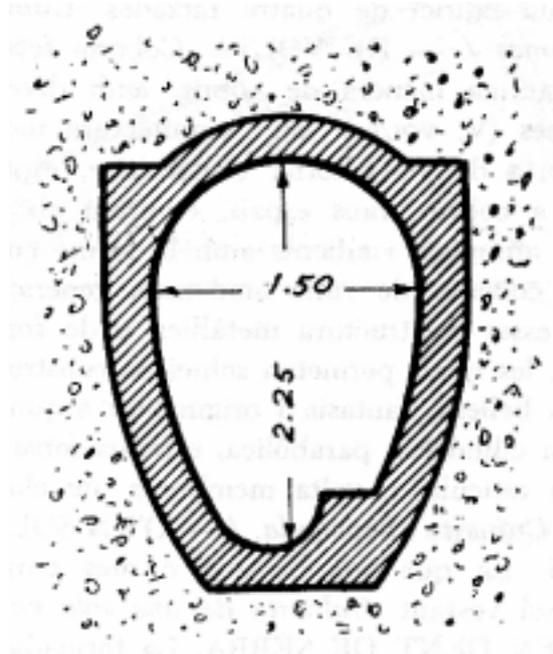
Creo que estas son preguntas claves para deshacer el nudo gordiano de la incertidumbre en la que hoy está sumida la idea de revolución. Plantear ésta con las viejas ideas sólo servirá para desenterrar los viejos fantasmas del pasado.

Hubo por una parte una excesiva fe en el progreso. Se creía sinceramente que el desarrollo de las fuerzas productivas agudizaría las contradicciones del sistema y que éstas darían paso a un proceso revolucionario que transformaría radicalmente la sociedad. Esto se ha demostrado incierto; el desarrollo de las fuerzas productivas ha provocado el efecto absolutamente contrario, es decir, aparentemente ha ahuyentado el fantasma revolucionario e integrado a la clase trabajadora en su modelo de desarrollo. De esto podríamos deducir que lo erróneo de las armas empleadas contra el sistema han provocado unas consecuencias diametralmente opuestas a las esperadas, o dicho de otro modo, han reforzado el sistema en lugar de acabar con él. Pero, ¿realmente es esto cierto? En mi opinión lo que en realidad se ha producido es un «endurecimiento» del sistema, uno de cuyos síntomas es precisamente la ausencia de proyectos revolucionarios de transformación social. Hoy se continúa creyendo que el progreso (centrado en el presente en las nuevas tecnologías) provocará nuevos desajustes y una transformación del sistema, pero esta eventualidad es más que dudosa. El progreso (si es que existe) no puede provocar por sí mismo ningún cambio sustancial si no va acompañado de un proyecto consciente de transformación. En resumen, mi idea es que la revolución (o el cambio revolucionario, si se prefiere) es posible en cualquier estadio de desarrollo de las fuerzas productivas. Pero esto no es más que una afirmación, que si no va acompañada de un estudio en profundidad que la argumente y justifique, carece de bases de sustentación y por lo tanto no sirve para nada.

Por otro lado se ha aceptado como un hecho incuestionable el desarrollo lineal que, arrancando de un punto, avanzaría con mayor o menor dificultad hacia unos objetivos situados en el extremo opuesto

de la línea. Por ello, en cualquier situación que se encuentre la humanidad estaría siempre en «mejor» disposición que cualquier estadio anterior. Hoy vivimos, por ejemplo «mejor» que los hombre del paleolítico, etc. Cuestionarnos este aspecto del problema lo creo necesario, habida cuenta de que cada vez es más indemostrable el hecho, seguramente generador, o al menos, propulsor de determinadas actitudes, consecuencia del vacío teórico-práctico en el que nos ha sumido esta vana creencia.

Más arriba apuntábamos que el anarquismo ha demostrado, al igual que las demás teorías decimonónicas, su incapacidad para transformar la realidad, aunque de forma diferente a como lo había hecho el marxismo. Intentaré aclarar este punto. Mientras el marxismo demostró su incapacidad de modo práctico al elevar a la categoría de sistema social, primero en Rusia y luego en otros países, un modelo alejado del que en la teoría se había propuesto,⁴ el anarquismo no ha demostrado esta incapacidad por haberlo impedido la derrota en la guerra civil y como consecuencia el fin de la experiencia del sistema económico-social que había comenzado a desarrollarse a raíz del inicio de la revolución española.



No obstante este hecho indiscutible, creo que poseemos elementos de juicio suficientes para decir que aunque hubiese triunfado la república en el enfrentamiento 36-39, la experiencia habría acabado de la misma manera. Esta afirmación, aunque discutible, la hacemos partiendo del hecho de que la experiencia había ido quedándose sin apoyo político, lo que propició las salvajadas de la 5ª división al mando de Enrique Líster en Aragón. Esta falta de apoyo político se había producido, creo, por el desarrollo de un proceso de burocratización en el seno del movimiento libertario, sobre todo en la CNT y la FAL.

Que este proceso fuera debido a la mediación que se estableció a través sindicatos es algo que merece una discusión más amplia y con mayor profundidad.

Por lo que respecta al análisis que hace Orsoni sobre los países del Este debo decir que tengo mis reservas. Si bien es cierto que en los últimos decenios los enfrentamientos sociales en aquellos países han revestido una agudeza que no se conoce en los países occidentales, mucho me temo que el marco de referencia de dichos enfrentamientos no vaya más allá del modelo de democracia occidental. Más bien me inclino a creer que el «endurecimiento» del sistema capitalista, conseguido gracias a la asimilación de determinados valores de los distintos «modelos» socialistas, cree las condiciones necesarias para una superación, al menos teórica, de dichos modelos.

El auge cada vez mayor en Norteamérica de la corriente neoliberal, conocida también como anarco-capitalista, que recoge la línea de pensamiento antiestatista anglosajona que, teniendo como punto de referencia a Locke, se desarrolla a través de autores como T. Paine, D. Thoreau, W. Godwin y otros y cuyas premisas fundamentales son: un fuerte individualismo, empequeñecimiento del Estado y su relegamiento a una zona de influencia mínima y al mismo tiempo la libre competencia y el mercado como reguladores de las relaciones sociales, nos parece significativo al respecto de lo que venimos diciendo.

En resumen, las experiencias por las que ha atravesado el sistema capitalista, lo hacen apto para generar otras nuevas. Que éstas sean o no asimilables de nuevo, depende tanto de que sean correctas como de que se dirijan de forma adecuada. ♦

P.

Notas

1. Sin soslayar la generalización a todo el occidente, centraré, mi análisis principalmente en la situación española que debido a sus particularidades históricas tuvo una evolución sustancialmente distinta al resto de países de área cultural occidental, aunque la uniformización parece ya irreversible.
2. Como señalaremos más adelante, el anarquismo ha demostrado igualmente su incapacidad como sistema teórico-práctico de transformación social, aunque de forma distinta a como lo ha hecho el marxismo.
3. En España las noticias de la revolución rusa fueron recibidas con gran júbilo por los trabajadores y también por los anarquistas que llegaron a adherirse, aunque provisionalmente, a la III Internacional.
4. Se ha justificado de infinitas maneras esta incapacidad, pero las dos que más fortuna han tenido han sido las que argumentaban un período de transición necesario o las que calificaban al régimen soviético de degeneración o desviacionismo de lo genuino.

2. Tiempo de la revolución y problema del tiempo

La revista *Volontá*¹ auspicia desde hace algunos años discusión a varios niveles sobre la noción canónica revolución, dentro del anarquismo.

Obviamente, en este debate participan principalmente exponentes del área cultural y política próxima al trabajo de la revista. Sin embargo, me ha sorprendido la escasa confrontación que encuentra entre otros componentes del abigarrado universo libertario, al menos, por lo que he tenido oportunidad de leer y exceptuando algunas breves notas de difícil interpretación, dirigidas contra quienes no se ajustan a la noción clásica de anarquismo.

Por cierto, se encuentran afinidades con las más recientes investigaciones de componentes marxistas de diversas escuelas y categorías (Lapo Berti² por citar algún italiano y Cornelius Castoriadis,³ en Francia).

Además, este asunto no es interés exclusivo de una corriente política y no es extraño que implique con parecidos resultados ámbitos políticos de muy diferente inspiración.

En particular he encontrado interesante el texto de Orsoni *El problema Revolución*. Quizás, más que interesante debería definirlo como molesto, en el buen sentido de la palabra. Y es molesto en la medida que no me resulta fácil liquidarlo como si fuera el enésimo hallazgo neoreformista o modernista; tanto da, porque lo que pone en cuestión son ideas a las cuales me he atenido durante largo tiempo sin someterlas a una verificación continua y rigurosa.⁴

Pero estos son problemas míos y el texto de Orsoni puede ser un estímulo, entre otros, en la dirección de un trabajo más concienzudo para abordar este tipo de problemas. Como es lógico, para un texto de esta naturaleza, en primer lugar se definen los síntomas del mal, después se intenta un diagnóstico y, por último, se bosqueja una terapia. Creo que sería oportuno seguir la misma línea de conducta, sobre todo, para valorar la legitimidad de la relación que se establece entre síntomas y diagnóstico.

El síntoma que piadosamente se expone al juicio de los compañeros es éste:

«...La crisis de la idea de revolución se manifiesta sobre todo en la práctica: los componentes individuales o colectivos orientados o influidos por la perspectiva de una revolución próxima, probable o incluso, sólo posible, se han vuelto rarísimos, lo que

no sucedía en otras épocas (C.S.), cualquiera que fuese la naturaleza de las ilusiones de entonces. En conclusión, en esta sociedad (la occidental) la idea de revolución no tiene presencia política».

La tesis es convincente, aunque necesita cierta profundización. Sobre todo, en la medida que se refiere a otras épocas y a las ilusiones de entonces. El mismo Orsoni nos da una buena indicación de método:

«¿Es necesario recordar, no obstante, que todos los grupos políticos tienen siempre en común, al menos, una cosa: no coincidir nunca con las definiciones que se dan de sí mismos?»

Lo cual sirve, en la medida que es cierto, no sólo para los grupos políticos. Ahora bien la pregunta es la siguiente: esta falta de coincidencia ¿es una característica propia tan sólo de la actualidad? Me parece evidente lo contrario; siempre ha habido una desviación entre el carácter real de los movimientos y las razones conscientes y colectivas de pertenencia al mismo, aunque sólo fuera porque no todos aquellos que participan en un movimiento se ocupan de analizar rigurosamente su carácter y porque quien trata de hacerlo no parece que consiga llevarlo a cabo.

Esta desviación podría ser mayor o menor, y darse en varios sentidos o modificarse incluso con gran velocidad en función de las circunstancias, pero siempre estaba presente.

No es casual que se haya recurrido a una definición negativa, como «otro movimiento obrero» por parte de algunos historiadores⁵ para indicar una serie de prácticas suficientemente coherentes entre sí pero extrañas al «movimiento obrero oficial». A veces los movimientos de base eran más radicales que las organizaciones, en el sentido de que no se limitaban a oponerse a la praxis sino que llegaba a poner en cuestión los principios. Muy a menudo, la fraseología «revolucionaria» de las organizaciones obreras podría ser comparada a la misa dominical de los cristianos; es decir, era más bien un aspecto dentro de una serie de ritos colectivos que un discurso que debiera hacerse realidad en un tiempo previsible.

Si lo que he dicho hasta ahora se acerca razonablemente a la verdad, la escasa relevancia práctica de las ideas revolucionarias no es sólo un problema de la actualidad. Como ejemplo, entre otros miles, pero de un particular interés para nosotros, citaré el de la revolución española en el momento en

el cual se produjo una ostensible fractura entre las ideas revolucionarias y la política de la CNT-FAI. Al decir esto, no quiero sumarme a una polémica, a menudo enconada y manida, contra una organización que tuvo méritos enormes, sino poner de relieve la persistencia en el tiempo de una contradicción, frecuentemente dramática y, en cualquier caso, de difícil solución. Algunos han deducido que la salvación estaba (y está) en organizar sólo grupos duros y puros, evitando grupos amplios que acabarían por burocratizarse. Aparte del hecho de que, en general, esta opción consiste simplemente en hacer de la necesidad virtud, puesto que no es posible desde hace tiempo crear organizaciones revolucionarias, estables y amplias, la contradicción permanece intacta. En efecto, un grupo puro que difunde ideas revolucionarias las contradice en la medida que no puede ni sabe practicarlas.

Pero no es esta la cuestión que me interesa. Me basta haber aportado algún elemento en apoyo de la tesis de que, el escaso impacto de las ideas revolucionarias es un problema de hoy, pero, en menor medida de cuanto parece creer Orsoni.

Dicho esto, es innegable que en los últimos veinticinco años hemos visto importantes movimientos de base autónomos, antiburocráticos, desarrollarse en diversas áreas geográficas y en múltiples campos de la vida social sin que surgieran organizaciones «revolucionarias» estables en correspondencia con aquéllos y comparables con las del pasado. En este sentido, tenemos el caso, por ejemplo, de Italia, un país que no es particularmente «atrasado» en donde algunas decenas de miles de personas han practicado una militancia bastante intensa durante un tiempo prolongado y otros miles han puesto en juego, si no la vida, al menos la libertad, sobre la hipótesis de una revolución cercana. Así, podríamos – y en otras partes se ha hecho– criticar el «tipo» de revolución a la cual gran parte de ellos miraban y por lo tanto a sus formas de acción, pero no se podrá negar que la idea de revolución puso en el candelero a mucha gente. En otras palabras, precisamente la persistencia de una vieja idea de revolución ha jugado un papel negativo respecto a movimientos que, a duras penas, ensayaban nuevas ideas y que, por tanto, ha pesado sobre la realidad de forma contraproducente.

No es casual, en la vertiente de la subjetividad radical, que la producción teórica haya sido, más bien modesta. Se han reeditado muchos viejos textos, se ha pasado revista a todas las ortodoxias y herejías del viejo movimiento obrero, pero no se han dado grandes pasos adelante en mi opinión.

Ciertamente, ahora, en una época menos convulsiva, se ha generado como mínimo una tensión crítica sobre cuyo valor se puede discutir, pero que quizás permitirá

aportar algo mejor y más meditado a esta problemática.

Volvamos, pues, al problema del que habíamos partido: hay movimientos radicales, pero no existen organizaciones radicales de peso.

Orsoni indica tres dispositivos que garantizan el hecho de que «cualquier dominación se mantendría conservando, de cualquier manera, la identificación con lo que parece ser la unidad social y dando satisfacciones, aunque parciales e ilusorias, a las expectativas de esta unidad».

Los dispositivos serían:

- 1) La identificación entre dominantes y dominados.
- 2) La división hasta el infinito del poder político central.
- 3) La diversificación y fragmentación hasta el infinito de las relaciones sociales mismas, multiplicando las coordenadas de conflicto (clases, étnias, sexos, culturas, generaciones, etc.).

Se hace referencia siempre a las democracias occidentales, por supuesto. Sin embargo, estos dispositivos me parece que no explican ni el surgimiento de luchas autónomas ni el hecho de que no se transformen en culturas e identidades anticapitalistas. Orsoni suministra una explicación sintomatológica que toma como sujeto al poder.

«Ahora bien, la sociedad moderna está precisamente preparada para presentarse como demasiado compleja, demasiado frágil y amenazada (ya sea por la crisis o por otro tipo de enemigo) para poder ofrecer una posibilidad de redefinición y recomposición radicales. Por su parte, el poder político aparece demasiado descentralizado como para constituir un adversario identificable al que hay que derrocar (e incluso a reorientar, por ejemplo a través de la lucha política institucional). Ninguno de los distintos ejes del conflicto social aparece como fundamental y decisivo ni, por consiguiente, como portador de una capacidad de destrucción (y de reestructuración) global; ni siquiera el eje económico: las huelgas, por ejemplo, pueden ser duras y abundantes, pero no se generalizan por ellas mismas y, sobre todo, no dan lugar a un proyecto social y quedan sin ‘perspectivas’. Asistimos, pues al mismo tiempo, a la pérdida del proyecto revolucionario universal, de su sujeto histórico tradicional (la centralidad obrera) y accesoriamente, de los intelectuales que se consideraban sus profetas o servidores».

¿Y, si intentásemos examinar el estado de salud de los movimientos y por tanto también sus características?

Creo que hay una novedad infravalorada por muchos y también por Orsoni y esa novedad es «la velocidad».

El viejo movimiento obrero se desarrollaba a lo largo de un tiempo que se correspondía, aproximadamente, con las generaciones que lo componían.

La sistematización y conceptualización, transmisión, verificación y superación de las experiencias del movimiento obrero estaban acompañadas con la vida media de un hombre. De ahí, el carácter «arcaico» de gran parte de los movimientos proletarios mismos. Mientras la producción cambiaba a una velocidad creciente, sus sujetos (en los dos sentidos del término) estaban inmersos en una cultura y una identidad materialmente fundada sobre la familia, la comunidad, etc., precapitalistas o típicas de fases cada vez más superadas por el modo de producción capitalista mismo. Este era el motivo de la fractura que había entre la comunidad proletaria y el colectivo obrero en la producción y, de ahí, la persistencia en el tiempo de un punto de vista materialmente diferente.

El mismo culto de la modernidad de algunos sectores del movimiento obrero era más el síntoma de la dificultad de continuar su desarrollo que la prueba de su adecuación al mismo.

Quien está totalmente inmerso en una transformación, no la ve y por lo tanto no la exalta. El industrialismo bolchevique no habría tenido (y no lo ha tenido) ningún sentido en USA y el sindicalismo industrial americano, basado en la baza de volver la cooperación capitalista en cooperación obrera, no hubiera podido existir sin la retaguardia de una serie de comunidades proletarias anteriores a la socialización de la fábrica.

Si ponemos en relación la geografía del poder y la de los movimientos y sus recíprocos tiempos, nos encontraremos con un cuadro muy distinto del diseñado por los tres dispositivos y por la lectura de la complejidad social que hace Orsoni.

En primer lugar, salta a la vista que los movimientos no dan vida a sedimentaciones organizativas porque la integración clase-capital va a un ritmo tal que no permite ni las separaciones ni la fijación de las contradicciones. Pero al mismo tiempo el (los) movimiento(s) es (son) más elástico, esponjoso, complejo.

Por lo tanto, las ideas (y, por qué no, también las ilusiones) son de una naturaleza absolutamente diferente.

Pero esto llevaría a pensar en un carácter meramente fisiológico de las contradicciones y por ello, en la insignificancia, en cualquier caso, de la idea de revolución.

Entonces, se hace necesario dar un paso atrás.

Si asumimos la fractura producción-sociedad, como característica constitutiva del viejo

movimiento obrero y si asumimos que hubiera dos (o más) ritmos distintos, ¿como se nos presenta hoy la cuestión?

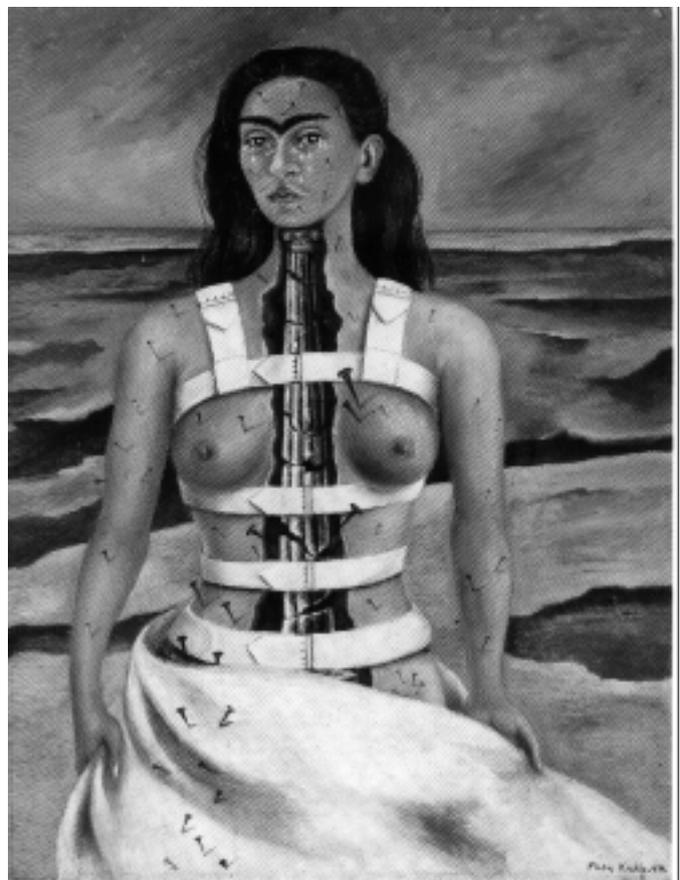
Todavía, en las sociedades occidentales, el paso a la economía mixta expresa y produce una «igualación» entre tiempo de la producción y tiempo de la reproducción social.

La sociedad ya no es la retaguardia del modo de producción capitalista de la cual este último extrae recursos y energías,⁶ sino que es atacada en sus mismos elementos constitutivos.

De ahí, las contradicciones de nuevo tipo, en torno al salario social, al contexto cultural y vital, etc.; contradicciones, pero, que no son totalmente nuevas, sino que su novedad radica en la forma en que se da su interacción con los conocimientos y la lógica organizativa del sistema económico y con el modo de integrar (una vez más en los dos sentidos del término) los conflictos de tipo «clásico».

No es por casualidad que el capital «occidental» sienta el peso de esta opacidad de lo social, de su viscosidad y opere en la dirección de construir nuevas diferencias sociales, ya sea dislocando procesos productivos hacia la periferia o reduciendo las «garantías de las metrópolis».

De ahí también el carácter complejo de las contradicciones no sólo en la medida de las



modificaciones que se operan en la forma de dominación, sino además, como algo que se viene arrastrando de los movimientos del pasado.

En este punto, y sólo en este punto, me parece legítimo debatir la escisión entre capitalismo occidental-capitalismo de Estado-periferias proletarizadas.

Si los vemos como partes/fases del mismo proceso histórico, el alcance de las contradicciones asume otro peso y «calidad». La solidez del bloque occidental resulta, por lo menos redimensionada. El impacto de las luchas de los negros en Suráfrica, de los obreros de Corea del Sur y de los polacos (no olvidemos el aplauso de los Bancos alemanes a la «normalización» polaca) nos atañe mucho más de lo que, a simple vista, pueda parecer.

Esto no confiere, ciertamente un peso práctico a la idea de revolución, pero nos suministra una condición previa de la misma.

Es evidente que la «crisis» entendida no como necesidad histórica que prescinde de la acción de los hombres, sino como condición de nuestra vida, no sólo permanece, sino que se enriquece con nuevas determinaciones y explicitaciones. Quede bien claro que esto no tiene nada que ver con cualquier tipo de «tercermundismo» y que se opone a cualquier visión separada de la realidad.

Creo que cuanto he dicho explicita claramente los puntos de crítica al análisis de los síntomas del deterioro de la idea de revolución propuesta por Orsoni.

Me parece, pues, que esta idea para ser operativa, al menos, para los «revolucionarios» debe integrar:

- una crítica del modo de producción capitalista tal como se ha dado también por la acción de los movimientos precedentes;
- un análisis de la redefinición y modificación de los conocimientos técnico-científicos;
- una lectura comparativa, no reductiva, con respecto al pasado, de los nuevos movimientos sociales.

En otros términos, no puedo juzgar las asambleas obreras del 69 italiano, como «mediocre imitación» de las experiencias del movimiento de los consejos, sino que debo esforzarme por ver a los unos y a los otros en el seno de ciclos de lucha de la cual son expresión, aceptando la discontinuidad como una de las características de la acción proletaria.

De otro modo es demasiado fácil liquidar el presente a la luz de un pasado «glorioso». Sólo después de un trabajo de esta naturaleza se podrá definir la pertinencia y eficacia de las ideas revolucionarias, admitiendo que habrá tales ideas.

Que las ideas del viejo movimiento no son operativas, me parece tan evidente que creo inútil extenderme en criticarlas.

Paradójicamente, estos elementos de diagnóstico y terapia que Orsoni propone entiendo que caminan en la dirección que propongo.

Aquél pone en duda efectivamente el carácter abstracto de las actuales ideas revolucionarias en su condición de pura llamada a la destrucción y también, subraya el hecho de que provoca más resistencias que adhesiones.

Pero, para que aparezcan ideas revolucionarias «constructivas», ¿no es quizás necesario partir «también» de los aspectos «positivos» de los movimientos de lucha e individualizar cuál podría ser la red social que las hiciera operativas a distintos niveles? Resumiendo, ¿no es quizás necesario revolucionar las ideas de los revolucionarios?

C.S. Milán

NOTAS

1. El artículo de Orsoni al que más arriba se hace referencia, fue publicado originalmente en la revista *Volontá* de Milán y, posteriormente, traducido al castellano por *Etcétera*.

2. Lapo Berti, *Appunti per un dibattito*, en *Collegamenti*, n.º.8, junio 1980. –Lapo Berti, *Crisi dei modelli e dimensione delle possibilità*, en id., n.º.10, otoño 1983. –Lapo Berti, *Gli orfani della «contraddizione fondatale»*, en id. n. 11/12, invierno 1984.

3. Cornelius Castoriadis, *La sorgente ungherese*, en *Collegamenti*, n.6/7, mayo 1979.

4. Sobre este asunto he intentado escribir algo en *Fandango*, *Collegamenti*, n.º16, otoño-invierno 1985. – *Connessioni*, en *Collegamenti* n.º17, primavera-verano 1986. –*Sogno di una notte di mezza estate*, id. n.º18, otoño 1986. –*Delle rivoluzioni e dei sogni*, en *Collegamenti-Lettere*, n.º 2, octubre 1986.

5. Se puede ver: K. H. Roth, *L'altro movimento operaio*, Feltrinelli, 1976 y, en general, la producción de la «escuela de la composición de clase». Sobre los fundamentos de esta escuela es interesante, C. Lefort, *L'esperienza proletaria*, *Collegamenti*, n. 3 y 4, mayo 1978.

6. Considero útil para el desarrollo de este concepto: Johan Elias Brande, *La persistenza delle parole*, Cuaderno n.º 6 de *Collegamenti*, invierno 1985/86. ♦

3. «La revolución en cuestión(es)» o... mi idea de «la revolución en cuestión»

Quizás este segundo título facilitaría la lectura del texto de C.O., ahorraría confusión y tiraría la discusión hacia adelante. Quizás el cambio parezca banal, y el mismo C.O. aceptaría el nuevo título, pensando en que lo que ha escrito es precisamente esto: una puesta en cuestión de su idea de Revolución, de la idea que de la Revolución se hizo un segmento concreto (quizás muy concreto) de la intelectualidad (y de la militancia derivada de ella) de los países del centro capitalista desarrollado y concretando más, del occidente europeo.

Pero lo que aparece en el texto no es precisamente esto (o más exactamente: esto también aparece pero secundariamente) sino lo contrario: se pone en cuestión la Revolución en nombre de las ideas preconcebidas sobre ella, se pone en cuestión una salida comunista (en el sentido de superación de la Economía y de la Política) al actual modo de civilización capitalista, a partir de las ideas que aquella misma intelectualidad ha elaborado sobre la situación actual, dejando en el camino, el carácter capitalista del actual sistema.

Veamos esto, más en detalle, en el mismo texto: «Un proyecto revolucionario sólo podría amalgamar en torno a él... Ahora bien, la sociedad moderna, está precisamente preparada para presentarse como demasiado compleja...» (*Etcétera* n.9, p.). Su idea de Revolución es puesta aquí como prerequisite para que la revolución se dé. Al hablar de los países del Este (p. 15), donde «...se han dado movimientos revolucionarios», se repite la misma petición de principio. «Sería pues necesario, para comprender en qué reposa la indiferencia respecto de la revolución...», (p. 9): otra vez se da la trasposición la/tu. ¿La indiferencia de quién y de qué? De aquel segmento antes dicho respecto a su idea de Revolución.

Quizás una primera explicación de esta continua inversión esté en la descontextualización de la cuestión. Es decir, el esfuerzo de reflexión no se centra en comprender la situación actual del movimiento social, el período por el que atravesamos, el actual ciclo de luchas, etc., para romper con los anteriores esquemas interpretativos, con las caducas

ideas sobre la Revolución..., y poder ver la posible orientación comunista del actual ciclo.

Y no mitiga nada esta descontextualización el repaso histórico que se nos propone. En él, es otra vez su idea de Revolución la que aparece como baremo para definir la cualidad y el grado revolucionario de unos procesos históricos (¿y 1917?)

Tampoco arregla nada al respecto, el hecho de que esta idea de Revolución cuestionada, sirva ahora (¿por qué arte de magia?) para orientar la crítica de las ideas reformistas o para comprender la posibilidad revolucionaria en los países del Este (p. 16). Si no sirve para entender la posibilidad de transformación radical como salida del actual modo de civilización capitalista... tampoco servirá para criticar las nuevas formas de reformismo o para entender las posibilidades revolucionarias en el Este. Es más consecuente entonces, decir que no sirve ni para una cosa ni para la otra, como ya dice parte de aquel segmento social (cfr. Castoriadis, Cohn Bendit,...).

Y quizás una segunda explicación estaría en el hecho de la misma definición que se da de Revolución. Y aquí aparece otro equívoco. En el enunciado la definición es muy tenue, pero a lo largo del texto se va ampliando y se llena de todas aquellas ideas que se ha elaborado acerca de la Revolución imposible hoy. ¿No sería mejor definir –a la luz de la naturaleza capitalista del actual sistema, a la luz de sus actuales contradicciones, a la luz de los movimientos sociales emergentes en contra de tal sistema, en la oscuridad y opacidad y resistencias de las actuales relaciones sociales...– el carácter comunista de la revolución posible?

Al margen de plantear cuestiones interesantes, sugerir aspectos a tener en cuenta, etc., creo que el núcleo de la reflexión se desvanece, no porque sea teórica, sino por no situar la «La Revolución y sus cuestiones» dentro del multiforme, ambiguo tejido de los actuales movimientos sociales y por no patentizar totalmente el carácter capitalista de la actual sociedad.

J.



ESTUDIANTES INSATISFECHOS

Cuando el pasado 4 de diciembre unos pocos estudiantes lanzaban la consigna de huelga en los centros de enseñanza media, muy poca gente de todos los ámbitos podía creer que aquello sería el inicio de una suculenta y duradera «movida», pues no es el de enseñanza media un sector que hasta el momento tuviera tradición conflictiva a semejanza de la universidad. A ello se sumaba la apatía y el desencanto generalizado que hacía presagiar a los entendidos en análisis sociales que en perspectiva no asomaban conflictos importantes a corto plazo.

Pero ¡cuán equivocados estaban! Lo que iniciaron unos pocos sin apenas medios ni coordinación, se fue convirtiendo en una bola de nieve que conforme pasaba el tiempo iba aumentando. La protesta se trasladó a todas las ciudades españolas y a la mayoría de las escuelas e institutos públicos. Los centros privados pararon en mucha menor medida debido a que sus estudiantes no tienen tan escasas posibilidades de entrar en la universidad. Es por ello que en el transcurso de la huelga muchos piquetes se dirigían a estas escuelas, dándose el caso de numerosas coacciones por parte de la dirección de esos centros para que no pararan, e incluso hubo una expulsión en Vitoria por hacerlo.

Los estudiantes no querían sufrir más selecciones que las ya existentes socialmente para tener acceso a la universidad. No era problema de ellos si ésta sufre masificación o si existe la necesidad, según el Ministerio de Educación, de implantar el «numerus clausus» en las universidades técnicas para adecuar el número de licenciados a las necesidades técnicas productivas de los empresarios.

¿Pararon los estudiantes a imitación de sus colegas franceses, como algunas voces han dicho? Probablemente no. Para los jóvenes más leídos y activos sí resultó una motivación, pero este no es el caso de todos ni aún de la mayoría. Pararon porque estaban insatisfechos y en aquel momento creyeron que lo más importante era sacarse de encima esa insatisfacción.

Con la consigna de «No a la selectividad», unida a otras menos principales como la gratuidad de la enseñanza, la democratización de los centros y la defensa de la escuela pública, fue como muchos miles de estudiantes empezaron a tomar las calles. Y poco a poco se dieron cuenta de que cada concentración reunía a más gente y que cuando iban juntos tenían

una enorme capacidad de organizar bronca y hacerse notar. Si se paraban en los cruces formaban fenomenales atascos circulatorios; si venían de poblaciones cercanas a las grandes ciudades desobedecían la norma de pagar el tren; no había diferencia entre la acera y la calzada; habían cambiado la relación con los profesores, pues éstos ni entraban ni salían respecto a las decisiones de los jóvenes; y otras muchas sensaciones que sólo los que las han vivido son capaces de contar aunque muchos podamos intuirlos. De estas acciones, unas provocadas y otras espontáneas que aparecen en la dinámica de los hechos, surgió una conciencia colectiva en defensa de sus reivindicaciones y en contra del Ministerio de Educación por su política.

Los mismos estudiantes de Formación Profesional, a pesar de tener ya el camino de la universidad cerrado y viendo que en un cercano futuro pasarán en su mayoría a engrosar las listas de parados, también se sumaron a la huelga. Son conscientes de que están aparcados en unas aulas hasta cumplir determinada edad en la cual les darán un título que no servirá para casi nada.

La Coordinadora y el Sindicato de Estudiantes

Enseguida de iniciarse el conflicto aparecieron siglas con vocación de dirigentes del conflicto. Destacó en este menester el Sindicato de Estudiantes (SE), grupo troskista expulsado de las juventudes socialistas que se aglutina en torno al periódico *Nueva Claridad* y que militan en Comisiones Obreras. Grupo muy nuevo sin apenas afiliación pero que fue el convocante de la huelga y que, actualmente, ante su «éxito» ya se ha organizado en forma de sindicato clásico y celebrado su primer congreso. Sus posiciones son similares a las de Comisiones Obreras, sus padrinos: reivindicar para pactar.

El grupo más importante era la Coordinadora de Estudiantes de Enseñanza Media y de Universidad (CEEMU), en sus comienzos individuos independientes y políticos no parlamentarios pero cuyo sistema de representatividad (por medio de delegados elegidos en asambleas unos y otros por ser simplemente de la Coordinadora) posibilitó la llegada de miembros cercanos al partido socialista en el poder.

En sus inicios, los estudiantes de todos los centros estatales delegaban en la representación de la Coordinadora de Madrid para las negociaciones ante

el Ministerio, pero ante la radicalidad de ésta aparecieron los delegados de cada provincia vinculados a las juventudes socialistas para ser ellos los negociadores, llegando a producir enfrentamientos y problemas de representación.

Al margen de estos, también existían asociaciones en Catalunya, Euskadi y Galicia más vinculadas a proyectos nacionalistas, y que incluían entre sus reivindicaciones la enseñanza en su lengua nativa.

La organización general del movimiento fue en todo momento asamblearia. Las escuelas se coordinaban por barrios y luego por ciudades, para desembocar en las regiones (Catalunya, Andalucía, etc.) y de ahí reunirse a nivel de todo el estado nacional. En todas estas asambleas se iban eligiendo delegados que servían para el conflicto. Si probablemente no han podido reunirse más y coordinarse mejor ha sido por un conjunto de problemas de una organización joven, no burocratizada, problemas entre los que no faltaban los económicos y de dedicación. Mientras este era el planteamiento de la Coordinadora, el SE ofrecía una estructura de sindicato clásico, jerarquizado, donde las directrices políticas imperaban sobre las decisiones de las asambleas.

A pesar de que las siglas han aparecido por todos los sitios, la realidad es que los jóvenes estudiantes en su gran mayoría no estaban afiliados a ellas (a la Coordinadora no hacía falta), aunque podían simpatizar más o menos, seguir los dictados sindicales o rechazarlos, verse representados o confundidos por ellas. Es un hecho similar a lo que ocurre en el mundo laboral: los trabajadores afiliados son una escasa minoría pero sin embargo los sindicatos negocian, transigen y pactan ordenanzas de obligado cumplimiento para todos.

Trataban de negociar, pero...

La intención de la huelga y los paros era motivar al Ministerio de Educación a negociar la plataforma reivindicativa. Pero este país tiene larga tradición de probar primero con el palo antes que la palabra, por lo que el gobierno mandó a los maderos (policías) para poner orden. Y por supuesto se creó el desorden: unos con todos sus medios de paz (botes de humo, balas de fogueo y de verdad, pelotas, tanquetas y helicópteros, caballos y motos, cámaras de televisión y de fotografiar, transmisores de bolsillo, porras y detenciones); los otros con todo lo que pillaban a mano o traían preparado, o sea cócteles, palos, huevos, tirachinas, piedras, «litronas», (botellas de cerveza de litro)...

«Cuando nos referimos a la selectividad no hablamos sólo de la académica, sino también de la económica, la que realiza el gobierno con su política de privatización de la enseñanza».

Importante fue la huelga general del 23 de enero donde, quizás valorada de forma exagerada, pararon dos millones de estudiantes aproximadamente según las organizaciones convocantes. Las manifestaciones más importantes se dieron en Madrid y Barcelona, produciéndose en la capital graves enfrentamientos a partir de la presencia y provocación de elementos ultraderechistas con una pancarta que decía: «No a la manipulación marxista en la protesta estudiantil». Aquello derivó en batalla campal, primero con los ultras y luego con la policía, arrancando los estudiantes todo lo arrancable para utilizarlo para barricadas, frente a lo cual la policía utilizó fuego real e hirió a una joven. Mientras esto ocurría, los líderes del SE desconvocaban rápidamente lo que quedaba de manifestación pues no querían verse involucrados en disturbios. No era esa su estrategia.

También se produjeron fuertes enfrentamientos el día 28 en Barcelona, frente al palacio de la Generalitat, contabilizándose 31 detenidos de los cuales una tercera parte no eran estudiantes. El movimiento que no era sólo corporativo reunía parte de una juventud insatisfecha.

El hecho de que hubieran numerosos heridos y detenidos colaboró, sólo colaboró, para que las manifestaciones se radicalizaran y se pidiera la cabeza del ministro de la policía. Éste, para evitar que sus muchachos se extralimitaran, los hizo salir un día a reprimir sin pistola.

El 30 de enero hubieron fuertes enfrentamientos en Bilbao y La Coruña, mientras el Partido Socialista trataba de dialogar con las organizaciones estudiantiles para encauzarlo todo por la vía de la negociación. En Catalunya la Coordinadora recaudó fondos para pagar la fianza de un detenido y creó una comisión para obtener la libertad de otros seis «sin entrar a considerar si eran estudiantes o no». Del que no se preocuparon fue de un argelino detenido por robar la caja registradora de un Mc Donald, aprovechando los disturbios producidos por los estudiantes. No consideraron que fue solidario con ellos.

Hay que destacar la violencia de los enfrentamientos del 3 de febrero frente al palacio del Congreso de los Diputados en Madrid, mientras el ministro de la policía justificaba los excesos de sus muchachos y el de educación exponía lo progresivo de su política ante la cámara de representantes. También el día 6 un millar

de estudiantes lograron llegar al palacio de la Moncloa, sede presidencial, a pesar del impresionante despliegue policial. En Bilbao se manifestaron los estudiantes junto a los trabajadores de Magefesa y de Contenemar, actuando la policía vasca junto a la nacional a la hora de reprimir.

El día 11 en Madrid y tras la manifestación, unas 300 personas se encontraron frente a la sede del Ministerio de Educación, la cual estaba sin protección policial. Le tiraron cócteles, piedras, vallas metálicas y cuanto tuvieron a mano, generalizándose una batalla campal cuando apareció la policía. Ni las cámaras de TV salieron bien paradas de los hechos. La del día 13 reprodujo aproximadamente las anteriores y aquí recibieron por parte de la policía, desde el servicio de orden de la manifestación hasta numerosos periodistas y fotógrafos acreditados.

«Si falta dinero que lo saquen de lo que no es constructivo para la sociedad, como las armas que, además de no educar, destruyen».

Se producían tal cantidad de detenciones que la Coordinadora se vio en la necesidad de tener un servicio de abogados para que los estudiantes no quedaran desamparados en caso de detención.

Un mañana oscuro

Tras lo aparente, la reivindicación estudiantil y por tanto sectorial, está la principal exigencia de los jóvenes a una vida digna alejada de un oscuro futuro.

Los jóvenes, hoy y aquí, están hartos de palabras y de policías, de profesionales que les analizan y de políticos que prometen para no cumplir. Ni saben ni les interesa quién fue Franco y pasan olímpicamente de las instituciones democráticas en tanto no les sirven. Por un oído les entra y por el otro les sale frases esas de «es que nosotros, en el 68...». En su mayoría no tienen manera de integrarse socialmente y ello les crea crispación y produce respuestas viscerales que se visten de violencia en muchas ocasiones ideológicamente confusa. Sólo son si tienen y para ello hay unos campos semi-cerrados (los estudios, el trabajo) y otros siempre abiertos (la marginación, el delito, el paro o la economía sumergida en el mejor de los casos): ahí están, coged el que podáis, parece decir la sociedad. Y ellos, los jóvenes, que sólo conocen la sociedad que les invita a consumir de continuo y a la vez no tener un duro, se rebelan y surge el verbo «esparramar»: esparcir por el suelo, romper, tirar, destrozarse. Y enfrentarse con la policía resulta una diversión gratificante porque desean arrojar «al madero a la hoguera».

«Estamos condenados a que esta sociedad no nos abastezca de esperanza, esa esperanza que ha despertado en nuestros compañeros la movilización».

A lo único que le tienen miedo es al futuro. No quieren ni pensar en él. Por ello desean vivir el momento, el ahora. Para mañana, como dice aquel, dios proveerá.

¿Hasta cuándo?

Las grandes movilizaciones en casi todas las ciudades acababan invariablemente en algarada callejera, heridos y detenciones, lo que provocaba actitudes de lo más chocante: estudiantes vinculados a las organizaciones poniéndose delante de la policía para que sus compañeros no apedrearán a estos, mientras cantaban: «somos estudiantes, no somos maleantes»; fuertes y rígidos servicios de orden para evitar el desmadre, llegando a entregar a un joven a la policía; los unos pidiendo permisos gubernativos para manifestarse mientras otros se iban directos a atacar las instituciones (sedes ministeriales, delegaciones de gobierno y de educación, bancos y hamburgueserías americanas que estuvieran en el trayecto...); ministros, profesores e intelectuales recordándose, a la luz del conflicto estudiantil, cuando «también ellos eran estudiantes y corrían delante de la policía», para vanagloria de su ego. Resulta que toda la mesa de negociación había corrido delante de la policía en tiempos diferentes, como si las cosas no hubieran cambiado. Para eso, tanto daba Franco como los socialistas.

Prisa tuvieron los medios de comunicación y el gobierno para hacer distinciones entre estudiantes que ejercían su derecho de manifestación según indican las leyes y otros tildados de provocadores que promovían «brotes de violencia y no respetaban las reglas del juego». Con éstos no tenía que haber miramientos ni buenas intenciones, para lo cual el Presidente del Gobierno reclamaba el respaldo social a la policía cuando se enfrentaba con los estudiantes (y lo tiroteaba si era necesario).

Por supuesto que en los alborotos no solamente había estudiantes, sino que también estaban integrantes de grupos ultraderechistas, izquierdistas y gente que disfruta pegándose con lo que huele a policía o institución oficial. Las menos veces se enfrentaron ultraderechistas contra manifestantes y las más todos juntos contra la policía. En esos momentos nadie preguntaba por la ideología del vecino. La muchacha herida fue la mecha de mucha radicalidad, pues ya se juntaba la queja por la política educativa y por la represión policial.

«También es selectividad no dotar a los centros públicos de suficientes medios, mientras se subvenciona a los privados».

Todo ello hizo que el Ministerio de Educación, a pesar de las quejas de la derecha política, entablara negociaciones con las organizaciones estudiantiles para tratar de acabar con esa situación que ya duraba demasiado tiempo y que junto a otros conflictos obreros que se estaban dando (jornaleros del campo, nueva reconversión industrial, convenios de empresas, profesorado universitario y de escuelas privadas) provocaban un desgaste político del gobierno.

El Ministerio de Educación invitó a negociar a la Coordinadora a condición de que hiciera una declaración pública de respeto a la actual legislación sobre el derecho de manifestación, cosa que esta no hizo.

Mientras todos estos sucesos ocupaban los primeros lugares informativos y estaban en boca de todos los ciudadanos, había un colectivo que estaba callado y bien callado: eran los universitarios. Ni pararon en apoyo de sus compañeros más jóvenes ni hicieron absolutamente nada por colaborar; con ellos, al parecer, no iba el problema pues ya estaban dentro de la universidad. Ellos ya fueron escogidos en el proceso de selectividad.

Las negociaciones, las movilizaciones y las disputas entre la Coordinadora y el SE por ver quien era el primero en convocar manifestación, colocar la pancarta delante del cortejo, desprestigiar la postura del otro y emitir el comunicado de prensa, fueron permanentes durante el tiempo del conflicto. Y así, a pesar de que durante la huelga los dirigentes estudiantiles prometieron que si se mantenía la selectividad no se firmarían los acuerdos, el 18 de febrero el ministro de Educación fue capaz de convencerles de que volvieran a las aulas a cambio de obtener mayores presupuestos escolares, colaborar en comisiones mixtas de seguimiento, mayor representatividad y poco más. La selectividad era intocable e innegociable.

Firmaron el acuerdo el SE y la Coordinadora, donde ya habían desembarcado los jóvenes socialistas, para lo cual se tuvieron que enfrentar a la fracción más radical integrada por izquierdistas no parlamentarios que no aceptaron ni aun hoy aceptan lo negociado, pues se mantienen las pruebas de selectividad para ingresar en la universidad.

Etcétera, marzo 1987

Lo que la policía escuchó en la emisora *Cadena de Water*

Daban consejos para disparar tirachinas: «hay que apuntar a la cabeza o a las piernas del madero (policía). Una vez que el madero se dobla hay que echarse encima de él y aplastarle con el escudo». Otro consiste en la colocación de alambres de acero en las calles, «desde las ventanas de una acera a la otra, para que cuando pasen con las motos se corten el cuello».

Así mismo pregonaban que había que huir de los sindicatos y organizarse perfectamente con las caras tapadas y de forma que mediante las cámaras de televisión no puedan identificarles.

Aconsejaban acudir a las manifestaciones con escobas impregnadas de petróleo y ardiendo, para que «cuando se acerque el madero se le acerca la escoba encendida a la ropa».

OOOOOO

Eslóganes y pancartas:

—*Con tanta madera haremos una boguera.* // —*Barrionuevo dimisión.* // —*La selectividad metérosela por el culo.* // —*Esto nos recuerda algo pasado.* // —*Policía asesina.* // —*El hijo del obrero a la universidad.* // —*Policía asesina.* // —*Un madero, mil lapiceros.* // —*Os tienen acojonados los primos de Bilbao.* // —*De qué colegio son esos de marrón.* // —*El hijo del madero a la universidad, para que no sea como su papá.*

CONTRA LA SELECCIÓN

Contra todos los pronósticos, la juventud escolarizada deja sus ghettos e invade la calle. Allá la habían encerrado los que se cuidan de la Economía y de la Política: escuelas-reservas donde aparcar a una juventud a la que no se encuentra otro lugar, mientras se retarda su ingreso en el paro para mantenerla dentro de unos límites todavía razonables, retardando así el momento de crisis de un modo de producción de mercancías ya obsoleto. Allá la creían segura, para el buen funcionamiento de la familia y del orden social, entretenida en la mentira arropada de objetividad científica, de las diversas disciplinas; pasiva mediante la participación programada; desmovilizada por la movilización por procuración de la gente joven (con o sin carnet) con sus pautas rebeldes. Allá la dictaron

segura sociólogos, sicólogos, periodistas... todos aquellos que viven de hacer vivir el actual estado (de cosas), hasta el punto de creerla integrada o idiotizada. Pero contra todos los pronósticos, su humanidad, su ser social, su rebeldía no ha sido del todo domesticada, e irrumpe provocadoramente a gusto de nadie. En la calle, los estudiantes han hablado entre ellos de otras cosas de las que hablan cada día y se han adueñado del espacio que les tenía sometidos. La asamblea, el libre decir, la comunicación mutua, han sustituido la im-

posición de los pseudo-conocimientos, la ignorancia de las lecciones, y de los programas, la pasividad ante su situación cada vez más precaria. Y han dicho sencillamente que su situación ya es suficientemente mala y no quieren empeorarla. Que no quieren más selectividad; que quieren entrar en la universidad sin más trabas, que ya basta con las que hay, que ya están bastante seleccionados, en definitiva que de selección, con la que hay, ya basta.

Algunos, han insistido en esto: que de selección con la que hay, ya sobra. Son la fracción más radical del movimiento, cultivada en el entorno de la precarización familiar (pobreza, paro, suburbio...), ubicada en las escuelas de Formación Profesional, para los cuales la universidad ya está cerrada, para quienes la selectividad hace ya mucho tiempo que está funcionando.

El movimiento estudiantil que el 4/12 inició su andadura, camina seguro de su buen hacer, seguro de su razón. Tiene en contra a todos: Administración, con su intento selectivo de configurar un panorama

educativo acorde a los intereses de la Economía, a partir de unos grupos (escuelas) de alta calificación, y una masa escolarizada noengrosando el paro y sosteniendo una industria (construcción, enseñanza...), con todos sus ayudantes: policías,



LOS MUSULMANES ATRAVIESAN EL ESTRECHO DE GIBRALTAR

periodistas, sociólogos... Sindicatos, burocracias revolucionarias, con sus servicios de orden, sus jefes, sus consignas, ávidos en negociar en nombre de los otros, carroñeros que viven de la muerte del movimiento autónomo de los propios protagonistas.

Él mismo, antes de acabar de desprenderse de sus estrecheces, de sus cautelas, de sus diferencias producto de la selectividad, producto de la selección: la primera, la de clase, la que las va a fundamentar todas, la que decidirá el barrio, la escuela, escuela profesional, paro, trabajo, etc., y la que sostendrá todas las selecciones en la sociedad (racismo, machismo...), y luego, la selección de la clase: exámenes, baremos, coeficientes intelectuales, encuestas... mecanismos para lograr primero la selección y segundo la aceptación de esta selección al dar por descontado de que unos son tontos y otros inteligentes.

En su simple movida, el movimiento estudiantil, ha tocado el fondo de un sistema selectivo basado en el trabajo asalariado y que hoy, de la misma manera que no puede dar trabajo a sus asalariados, tampoco puede escolarizar a sus jóvenes, a la vez que no encuentra, fuera de la escuela, otro espacio para ellos.

Etcétera, marzo 1987



Correspondencia

Desde FRANCIA:

La huelga de los ferroviarios

Os escribo esta carta abierta desde Francia, ya que no sé si en España tenéis suficiente información acerca de las luchas que presenciamos aquí, en el ferrocarril y otros sectores.

Es indudable para todo el mundo que, empezando por los huelguistas, una nueva dinámica de luchas se está abriendo paso en Francia. Esta novedad no estriba especialmente en las reivindicaciones planteadas (aunque desentonan con las reivindicaciones sindicales: aumentos de salarios no jerarquizados, rechazo de la selectividad, mejores condiciones de trabajo, etc.) sino en el contexto en el que explotan y sobre todo en su modo de expresión.

Antes de daros algunos detalles sobre estas luchas, es necesario describir el contexto actual, haciendo un repaso rápido de las etapas anteriores del combate social.

A la gran resaca resultante del aplastamiento del 68, y del fracaso de luchas, a veces radicales pero muy particulares (feminismo, ecologismo, etc...), siguió la famosa «reestructuración» industrial como en toda Europa. Esto obligó a los trabajadores a conservar, no, las condiciones en las que estaban explotados hasta ahora, sino meramente su puesto de trabajo, amenazado.

La confianza hacia los sindicatos había bajado mucho, después de que éstos hubieran demostrado que eran el último baluarte del capitalismo. Pero entonces ya no se hablaba de revolución, sino de defensa del empleo. Siendo los sindicatos fuertes y especializados en el regateo de la carne de trabajo, los trabajadores dejaron en gran parte la organización de sus luchas en las garras sindicales.

Cuando promocionaban las luchas era para controlarlas mejor a fin de que no desborden su marco defensivo. También ellos al sofocar la autonomía, defienden... su empleo.

Pero en cada lucha se evidenció que no sólo los sindicatos eran incapaces de contrarrestar la ofensiva capitalista sino que, y esto era lo peor, sofocaban cualquier intento de organización en la base, cerrando la boca a los obreros más combativos. De hecho gestionaban el fracaso de las luchas defensivas. ¿De qué sirven, sino para humillar a los trabajadores, cuando éstos levantan la voz? Esto es lo que nuestra clase ha aprendido y pagado a lo largo de los últimos años.

Mientras tanto el estado sabía dosificar sus medidas para evitar una generalización de los conflictos.

Esta habilidad Estatal y sindical, el miedo al paro; la psicosis del miedo orquestada científicamente por los medios de comunicación, los fracasos tras los fracasos, sembraban la desesperanza y la exasperación en el proletariado, he aquí como la gente dio masivamente el poder a la izquierda en el 81. Para no atacar enseguida y de frente a los trabajadores, la izquierda, empezó por lo más fácil: joder a los parados y los inmigrados (recortes drásticos de subsidio de desempleo, leyes de limitación de la inmigración y de residencia), para al final seguir con la misma política de cara a los obreros. Los sindicatos, comprados, los trabajadores parecían atontados. El fraude fue patente...

La desafiliación sindical siguió un curso acelerado y perdieron una cuantiosa fuerza. El partido comunista, que controla la mayor central sindical, la CGT, se convirtió en grupúsculo casi insignificante en el ajedrez político; hasta tal punto que el «nuevo» equipo gubernamental puede hacer alarde de esta debilidad sindical, tomándola por debilidad de los trabajadores. (Estos tecnócratas de derecha, quizá muy buenos en lo de la inflación, no saben gestionar la cuestión social, esto es lo que los diferencia de sus colegas de izquierda. De tal modo que se quedan asombrados delante de esta nueva oleada de luchas). Así se permitieron el lujo, con una arrogancia desenfrenada, de sacar leyes tan agresivas de cara a los trabajadores, que pretenden borrar en un tris-tras toda las protecciones sociales, anteriores; privatizaciones a ultranza, desestabilización del mercado de trabajo, precariedad de la condición obrera y política, represión a la «americana» (llegando al poder Chirac dijo a la policía: «adelante, os encubro»). Pero Francia no es América y empiezan a darse cuenta de ello.

El desbloqueo de esta situación de aplastamiento social, fue obra del movimiento de los escolares y estudiantes.

El proyecto de imponer la selectividad y de dificultar el acceso a la universidad encontró un rechazo masivo, no sólo de parte de la juventud sino de gran parte de la opinión. La juventud, como en España, forma la mayor parte de los parados, las perspectivas de encontrar trabajo son negras. Se llega a decir por parte de los periodistas y sociólogos del poder, que nunca encontrarán un puesto fijo en su vida, e incluso que muchos de ellos, incluso no trabajarán nunca, «buscaros la vida» dice el Estado con soberbia. Y por si no fuera bastante, selecciona la entrada en la universidad, la cual es

para la mayoría de ellos la manera de retrasar su entrada en... la cola de parados.

Si los estudiantes no pusieron, de ningún modo en cuestión el sistema social (insistieron incluso en presentarse como buenos chicos, responsables y apolíticos), la unanimidad que opusieron a la ley Devaquet asombró a toda Francia. Este rechazo fue posible por la forma misma de su lucha, pasando a ser el fondo de su reivindicación: la auto-organización, el recelo en no dejarse manipular por los politiqueros. Se organizan a través de asambleas generales y coordinaciones sin tener que llamar a ninguna organización existente y más bien, despreciándola. No sólo fue posible sino sumamente eficaz. El gobierno tuvo que bajarse los pantalones delante de todos y retirar su proyecto de ley. No parece haber digerido todavía la bofetada.

Por primera, ¡vez un movimiento victorioso! La lección la tenían que sacar, en seguida, los obreros. Y fue en este terreno abonado cuando brotó la huelga del ferrocarril.

Empezó con un desprecio radical de los sindicatos. Obreros que no están afiliados, incluso que no habían hecho nunca huelga por asco a las huelgas sindicales, como en el caso del tío que redactó la primera llamada a la huelga, otros afiliados, pero dejando de lado su carnet, se agruparon y crearon sus propias estructuras autónomas. Esto tuvo un éxito tan inmediato en los ferroviarios ¡que pronto Francia se encontró sin trenes!

Aquí también: Asambleas Generales, delegados de base revocables en cualquier momento, rechazo claro de todo liderazgo.

Imaginaros para el poder después del azote que recibió, con estos mismos métodos por los estudiantes, teniendo que enfrentarse a un movimiento obrero autónomo...

He aquí unos recortes de prensa que os dará una idea más precisa de lo que está pasando:

«Al principio, era un 10 de noviembre, un Conductor de treinta y un años, habitualmente no-huelguista, hace circular una petición. Propone 'cruzarse de brazos de una vez por todas', de hecho, hacer una huelga ilimitada, y su texto recoge no menos de doscientas firmas de todos los orígenes en París-Norte».

«En esta ocasión se descubrieron los tíos y sin estructuras deciden dar cuerpo a su descontento. Juntos redactan una octavilla firmada 'los agentes de conducción de la SNCF'. Difundido a partir del 8 de diciembre, estas abarcan sus reivindicaciones y anuncian su decisión de ponerse en huelga a partir del 18 de diciembre de 1986 a medianoche.

...Una decena en total están reunidos 'en la aduana' de los conductores de la estación del Norte, de... Son estos inorganizados-organizados por los que se amplió el

movimiento, que luego endureció y que de ahora en adelante no piensan renunciar fácilmente. «Las organizaciones sindicales, bien pueden llamar a volver al trabajo, no volveremos». Después del fracaso de las negociaciones en la noche del 22 al 23 de diciembre. Algunos llamadas telefónicas les aseguraron que los ausentes pensaban como ellos y no querían doblegarse». (Le Monde, 25/12)

De paso piden a las distintas organizaciones sindicales (LFDT. CFTL. CGT. FGAAC. FO) apoyar su movimiento, pero no se fían más que de su propia capacidad de movilización. Abajo en la hoja nos dan un número de teléfono y un consejo: «si estás de acuerdo haz algunas fotocopias y distribúyelas alrededor tuyo y en los otros centros».

...Aquí la huelga ha funcionado perfectamente ya que los sindicatos se sometieron a unas reglas precisas. «Primero limitarse a informarnos. Segundo someterse a las decisiones de las únicas Asambleas Generales. Tercero, no tomar ninguna decisión; por ellos mismos, de vuelta o no al trabajo. Y todo esto es nuevo»...

...Un ferroviario explica: «Los jóvenes conductores de suburbio no se fían de la CGT. que rompió varias huelgas en el 81»

...La relación con el sindicalismo, será la manera más fácil de resolver. Quizá porque constituye el centro mismo del movimiento. Están organizados en la base porque están decepcionados con el sindicalismo. «Estamos hartos de multiplicar los días de huelgas por nada». Decía un joven ferroviario de los que lanzó el movimiento.

«Este año hicimos 14 días de huelga para nada, siguiendo a la CGT.; al final decidimos que más valía hacer 14 días de huelga de un tirón».

«Los sindicatos no escuchan a la base»

«La base de la negociación fuimos nosotros quienes la hemos planteado, pero son los sindicatos los que negocian».

Reprochan a los sindicatos sus métodos anteriores, que consistían en negociar la huelga con la dirección, arreglándoselas para que haya las menos perturbaciones posibles.

«Si hubiera vuelto a tomar nuestra acción en sus manos, yo hubiera dejado de hacer huelga»...

«Nombran a quien le da la gana en la inter-sindical, no nos importa».

La huelga hoy en día se está aflojando, pero muchos otros sectores del sector público empiezan a echarse a la lucha. La CGT, prefiere llamar a la huelga, ahora, extender el conflicto para no verse desbordada. Pero ya aparecen coordinadoras autónomas, en el Metro, la Electricidad y también se habla de esto, aunque muy poco, en los correos. De hecho los

sindicatos están jugando con fuego, y lo saben pero ¿qué otro remedio hay para ellos?

El gobierno llama a los usuarios a manifestar contra la huelga, y ya se ven grupos de comerciantes y pequeños empresarios que atacan la sede de los sindicatos y los locales de la Electricidad de Francia. Mientras llama a la paz social, el gobierno de Chirac echa leña al fuego, para asustar a los huelguistas y poner la lucha en un terreno político que

domina perfectamente. Jamás han necesitado tanto de la CGT y del PC como hoy (excepto en el 68).

La huelga está bajando ahora pero la ruptura que ha iniciado, dejará una huella imborrable, sobre todo ahora que su contenido y sus métodos son perfectamente envidiables para todos.

¡Este invierno hace calor en Francia!

Michel

.....
DECLARATION DE LA COORDINATION NATIONALE
INTERCATEGORIES DES CHEMINOTS EN GREVE.
.....

La coordination nationale intercatégorique des cheminots en grève, réunie à Paris le vendredi 2 janvier, a constaté que partout, dans la région parisienne comme en province, la quasi-unanimité des assemblées générales des grévistes s'est prononcée pour la poursuite de la grève.

La manœuvre de la direction SNCF et du gouvernement, qui ont attendu 14 jours pour retirer leur projet de grille des salaires, a fait long feu. Les cheminots qui ont été amenés à se mettre en grève pour mettre fin aux attaques contre leur niveau de vie et leurs conditions de travail, sont décidés à obtenir satisfaction sur l'ensemble des revendications, notamment celle sur les salaires, une augmentation de 25 points soit 700 F par mois pour tous, étant réclamer par de nombreuses assemblées générales de grévistes. Le paiement des jours de grève qui s'allongent par la faute de la SNCF, est une exigence.

Contrairement à une propagande mensongère, notre grève n'est nullement impopulaire. L'énorme majorité des usagers, qui sont des travailleurs comme nous, qui ont les mêmes problèmes, qui ont subi les mêmes attaques contre leurs salaires, leurs conditions de vie et de travail, qui devront sans doute utiliser les mêmes moyens que nous, ont parfaitement compris, malgré la gêne que cela leur occasionne, que les cheminots pour se faire entendre doivent avoir recours à la grève.

Contrairement à cette même propagande mensongère, ce ne sont pas les cheminots, qui se battent contre la réduction des effectifs, qui sont les adversaires des chômeurs. Les ennemis des chômeurs sont les mêmes que ceux des cheminots, ceux qui partout, à la SNCF, dans les services publics et dans le privé ont licencié et supprimé des emplois depuis des années.

Pour déjouer toutes les manœuvres, comme celle à laquelle nous avons assisté ce 1er janvier, la coordination nationale intercatégorique appelle tous les secteurs, toutes les catégories, à prendre et garder le maximum de contacts entre eux et avec la coordination.

La proposition de la coordination nationale intercatégorique d'organiser une grande manifestation nationale de tous les cheminots à Paris, a déjà été adoptée par un certain nombre d'assemblées générales. La coordination la renouvelle et demande à toutes les assemblées générales, les coordinations régionales, la coordination des agents de conduite et les syndicats de la décider et de l'organiser avec elle. Cette manifestation pourrait avoir lieu Mercredi prochain. En attendant, la coordination propose à tous les cheminots en grève de la région parisienne de se rassembler LUNDI 5 JANVIER devant le ministère des Transports à 15 H, 246 Bd St Germain à Paris. Puisque la SNCF et le gouvernement n'ont rien voulu entendre jusqu'ici, les cheminots vont se faire entendre encore plus fort.

La coordination nationale intercatégorique rappelle l'exigence de la base qui est que toute négociation qui concerne le sort des cheminots ait lieu au vu et au su de tous les cheminots. Elle demande que des représentants de la base puisse assister aux discussions et même, encore mieux, que ces discussions soient publiques, par exemple radiodiffusées pour l'ensemble des grévistes.

La coordination nationale intercatégorique se réunira à nouveau mercredi 7 janvier à 14 H à la Mutualité à Paris. Elle appelle toutes les assemblées générales, les comités de grève, les coordinations régionales, ainsi que celle des agents de conduite à y envoyer leurs délégués.

Paris le 2 janvier 1987.

Pour contacter la Coordination :

Adresse : 19 bis rue Pierre Sénard. Ivry - 94 - Tel : 45 84 90 55

Tel SNCF : NORD - 213 626

PARIS SUD - EST - 513 627

LINOGES - 441 185 (le matin)
441 670

ORLEANS - 419 479

JUVISY - 69 21 68 60

BRETAGNE - 416 286

INVALIDES - 480 184

PARIS-EST - 42 06 62 90

LYON - 78 60 41 76

Hemos recibido...

RADICAL SCIENCE, Free Association Books.
26 Freegrove Rd. London N7 9RQ.

Nueva entrega del colectivo de la revista «Radical Science» que bajo el título «Science as Politics» arremete, como ya es habitual, contra los sacrosantos principios de la ciencia. Pero no estamos ante una crítica tópica o moralizante de la ciencia. Al contrario, lo que se cuestionan son los fundamentos del pensamiento científico con el fin de ubicarlos, de forma rigurosa y desmitificadora, en su real dimensión, como ideología del Capital.

Normal Diamond, a través de la llamada del análisis *Revolución Copernicana*, va exponiendo el carácter social, político de las ideas científicas. Por su parte, Jim Moore saca a la palestra al «Social Darwinism»; o sea, dirige su crítica contra los ideólogos que, manipulando las hipótesis de Darwin pretenden presentar como algo natural el individualismo competitivo, tan de moda, por lo demás, entre neoliberales y postmodernos.

A los modelos mecanicistas y reduccionistas utilizados en la investigación biológica se ha venido a oponer la «biología dialéctica» de R. Levins y R. Lewontin. En este sentido, Peter Taylor aborda la posibilidad en su artículo de que este planteamiento se convierta en una «ciencia crítica».

T. Jones analiza la tendencia a la exportación de las industrias potencialmente peligrosas a los países de la periferia capitalista en conexión con la resistencia a las formas destructivas de «desarrollo» industrial.

Después de los desastres atómicos de Three Mile Island y Chernobyl, el debate sobre la energía atómica se ha recrudecido, así como la política de los países del centro capitalista respecto a la periferia. En este contexto Les Levidow toma el caso de Yugoslavia para establecer la relación entre desarrollo industrial y democracia. Igualmente, evalúa las diferentes propuestas para una política socialista no-nuclear, cuya puesta en práctica exigiría un nuevo tipo de movimiento de masas.

Mike Barnett critica la propaganda oficial de los gobiernos en torno a la «energía nuclear con fines pacíficos», a partir de la experiencia de Niels Bohr que fue quien acuñó el término y de sus implicaciones con respecto a las directrices de los gobiernos capitalistas.

Erwin Fleissner expone la forma en que Salvador Luria, socialista italiano huido a USA de la Italia fascista y premio Nobel por sus trabajos sobre biología molecular, aplica sus ideas políticas en sus métodos de trabajo y de contestación social.

La sociología del conocimiento ha definido las «normas cognitivas» –históricamente contingentes–

por las cuales los científicos determinan el componente de verdad de sus trabajos. Tim Rowse, sin embargo, sale al paso del hecho de que esta disciplina académica no establezca una relación de esas normas con el conjunto de las fuerzas sociales. De hecho, al fijarse en factores internos, el academicismo ignora las prioridades que presiden la investigación e inversiones de la industria militar y del gran capital.

CONTRE. Octubre BP 781. 75124 París Cedex 03. Con la voluntad de servir como medio de expresión de formulaciones teóricas que arranquen de las experiencias de las luchas sociales más inmediatas, nos llega el nº 0 de *CONTRE*, febrero 1987. Así, partiendo del seno mismo de la efervescencia social y de los movimientos que han sacudido diversos sectores de la sociedad francesa, viene a presentarse como una reflexión no teoricista de esos movimientos. Una reflexión pues, desde el propio movimiento y que no tiene otra identidad fuera de aquel. Es un intento de recoger las «luchas reales» (no institucionales ni mediatizadas por aparatos integrantes del estado capitalista, como partidos y sindicatos) de la subjetividad proletarizada, criminalizada y perseguida en toda la dimensión de sus diferentes formas de aparición: parado, extranjero, obrero, joven...

Un numeroso grupo de colectivos de variadas inquietudes han hecho posible un amplio y documentado trabajo que lleva por título **DOSSIER ANTIRREPRESSIU**, en el cual analizan la represión desde un completo abanico temático que incluye la familia, la escuela, la represión laboral en su extenso sentido y en Banesto, Bruguera y Estibadores Portuarios en particular; escriben los que consideran que la mili es una kk y sobre la represión ejercida a los jóvenes. También aparece un artículo sobre la aparición de grupos nazi-skins en Barcelona y otras ciudades; sobre las mujeres, la sexualidad y los gais; los barrios, el colectivo squats en Barcelona, sobre moratoria nuclear, Riaño y las radios libres; la represión de los pueblos y sus derechos, el terror de Estado y la represión psiquiátrica. Acaba el dossier tratando de la represión política, fiscal, cotidiana, de los medios de comunicación y, ante todo ello, de la autodefensa.

En Rec Comtal, 18. Barcelona, te pueden dar señas de él. Sólo vale 175 ptas. y está escrito indistintamente en castellano y catalán.

IKARIA, n° 15. Ateneu Llibert. de L'Harmonia. Servet, 15. 08030 Barcelona. Lo dedican exclusivamente al movimiento estudiantil y concretamente a las últimas luchas tanto en enseñanzas medias como de los universitarios de la Autónoma de Bellaterra.

RESISTE, (Apartado de Correos 1673, Vitoria), otro colectivo vasco publica esta revista y esta vez en dos ediciones: castellano y euskera. Felicidades por tal curro. En el n° 4 publican sobre temas de lucha radical que suceden en Euskadi básicamente así como sobre la represión ejercida por el Estado, en su amplia formación.

LA LLETRA A publica el n° 20 (Abril 87) donde aparece un dossier sobre los conflictos estudiantiles así como información de luchas en diversos lugares de Catalunya. El control policial, las ocupaciones de casas, las subidas en los precios de los transportes públicos entre otros son los artículos que ocupan sus páginas escritas indistintamente en castellano o catalán. Están en el Ateneu Llibertari del Poble Sec, Elcano 48, 08004 Barcelona

PAJARRAKA, colectivo autónomo de Barcelona, saca a la calle el n° 3. Reproduce textos de las luchas de los estudiantes franceses así como temas represivos en general.

STOP CONTROL, Apdo. 11037, Zaragoza 50010). Revista antimilitarista y de contra-información Riaño, la guerra, el fascismo, la universidad, la marginación de la mujer, la insurrección o no-violencia y los Juegos Olímpicos de Barcelona son algunos de los temas tratados.

EN PIE DE PAZ publica el n° 4 (febrero-marzo 87) tratando sobre el estado policial. Hecho por un grupo de pacifistas, pretende llevar a cabo la ingente tarea de ser una publicación periódica «con una tirada pequeña de 5000 ejemplares». Suerte y al toro. Están en carrer Gran de Gràcia, 126-130, pral. 08012 Barcelona.

ANARKIA. n° 1. (Apdo. 235 Postakaxa. 48080 Bilbo) donde le prometen a los vascos Benegas y Ardanza una legislatura muy divertida.

CLARA THALMANN. MAYO 1937

Demasiadas coincidencias para no recordar a Clara Thalman en los hechos de mayo de 1937. A principios de este año, cincuenta años después de aquellas fechas históricas para los partidarios de la revolución social, moría Clara en Niza (27.1.87) Un testigo único de la explotación capitalista en sus formas fascista, democrática o estalinista, moría después de un largo combate por una sociedad posible más allá de la explotación y de la dominación.

Desde los años 20, recorrió con su compañero Pavel, todos los frentes donde se libraban batallas contra el poder de unos pocos sobre casi todos; contra las aberraciones del poder y contra el poder mismo; al lado del proletariado. Alemania, Rusia, España, Francia. España. En mayo del 37 se encontraban en Barcelona a un lado de las

barricadas. Con los obreros, con los anarquistas, frente a los estalinistas y frente a los dirigentes anarquistas que llamaban a la claudicación en un momento —quizá el más álgido del momento revolucionario moderno— en que revolución y contrarrevolución estaban cara a cara. Después del mayo del 37 el anarquismo, desmembrado por sus contradicciones internas y por la represión estalinista, languidece. En 1977 Clara y Pavel publican en Alemania sus memorias: *Combates por la libertad*. El libro es traducido al francés en 1983 y espera aún la traducción castellana. Después de tanta celebración del «50 aniversario», sus oficiales prefieren no publicar lo acontecido sino su interpretación. Nosotros no podemos menos, aquí, que traducir las páginas que ellos escribieron sobre las jornadas de mayo.

LAS JORNADAS DE MAYO EN CATALUNYA

«... El 3 de mayo, Clara y yo teníamos un encuentro con Moulin en la Plaza Catalunya. Ante la gran puerta de entrada de la Telefónica, se encontraba un grupo de guardias civiles con semblante indeciso. Fueron rápidamente rodeados por la masa de viandantes y enseguida se entablaron apasionadas discusiones, a veces en castellano, a veces en catalán. De ellas se desprendía que los guardias civiles habían recibido la orden de ocupar el edificio pero que los milicianos anarquistas que trabajaban en la telefónica lo impedían. En lo alto de la escalera principal se veía a los milicianos reposadamente plantados detrás de un fusil ametrallador. El número de gente iba rápidamente en aumento y obreros armados rodeaban a los guardias con actitud amenazante. Era evidente que un solo tiro desencadenaría los enfrentamientos; era la señal

que todos esperaban. Como la sede de la FAI se encontraba muy cerca, en Vía Laietana, mandé a Clara a informar al comité y a buscar un responsable.

Los primeros disparos estallaron antes de que volvieran. La gente se dispersó y los guardias civiles se refugiaron bajo el porche. Como si hubieran recibido una orden, los toldos de almacenes y restaurantes fueron bajados y los porticones de las casas vecinas se cerraron al mismo tiempo. En las ventanas del Hotel Colón, cuartel general de los comunistas, aparecieron como por milagro sacos de arena. Sobradamente se sabía que la hora H había sonado. Cuando Clara volvía en compañía de un responsable de la FAI, los disparos resonaban y se levantaban barricadas. El intercambio de disparos era especialmente violento entre el Hotel Colón y la central telefónica. Francotiradores se habían instalado en los tejados de las casas cercanas al Hotel Colón y disparaban contra los estalinistas. La huelga general estalló espontáneamente sin orden alguna dada por las organizaciones políticas o sindicales. Los tranvías quedaron inmovilizados en medio de las calles y fueron utilizados como barricadas. En todas las calles de Barcelona y en los cruces más importantes las barricadas surgían como setas.

La población, ya harta, consideró que la tentativa de ocupar la central telefónica era una provocación. Nadie sabía si se trataba de una iniciativa del gobierno

o de un ataque en toda regla de los estalinistas. Desde hacía mucho tiempo, la central telefónica, controlada por la FAI y la CNT, se había convertido en el punto de discordia entre gobierno y anarquistas. Para sus comunicaciones con Barcelona y con el extranjero, el gobierno tenía que pasar por este edificio y como no soportaba más ser controlado por los anarquistas encontró la estrategia siguiente: la esposa del ministro de asuntos exteriores Álvaro del Bayo, entregada totalmente a la causa estalinista, era de origen suizo. Su hermana estaba casada con el embajador de la república en París, Araquistáin. Para evitar ser escuchadas por oídos indiscretos, las dos hermanas se hablaban en su dialecto natal.

La situación era totalmente opaca. Esta revuelta espontánea dirigida contra las organizaciones estalinistas estalló como una tormenta. En toda Catalunya, los Comités retomaron el poder,

sostenidos por las Patrullas de Control. Oficiales del ejército popular que se paseaban por las calles, fueron desarmados por las masas y echados a puntapiés. Nosotros participamos en este juego durante el cual encontramos a menudo a camaradas anarquistas de Pina. Ellos participaban activamente en las acciones de desarme, construían barricadas, ocupaban las casas situadas frente a los cuarteles estalinistas e intercambiaban disparos con sus ocupantes. Durante la noche apenas podía distinguirse quien tiraba sobre quien, ni distinguir las barricadas amigas e enemigas. Los altavoces difundían noticias y canciones anarquistas. Según las noticias que circulaban, la revuelta se había extendido por toda Catalunya. Las sedes de los partidos así como los cuarteles de los comunistas y de los guardias civiles eran rodeados por los insurgentes. Del frente de Aragón se ponían en marcha hacia Barcelona. El gobierno de Valencia aún no había reaccionado.

Pasamos la primera noche detrás de la gran barricada de la rambla de las Flores intercambiando disparos con un grupo de guardias civiles agrupados en el café Moka. Cuando las descargas terminaron, discutimos con los obreros sobre el sentido y la finalidad de la lucha. Estaban seguros de su acción espontánea y persuadidos de que en Catalunya los estalinistas habían perdido la partida. A nuestras preguntas: «¿qué haréis después? ¿quién tomará el poder? ¿cuál será la relación



con el gobierno central de Valencia?», nos contestaban tranquilamente, golpeando el suelo con las culatas de los fusiles: «mientras poseamos las armas y las empresas, ni los estalinistas ni los franquistas, pasarán».

Durante esta primera noche, nadie sabía exactamente, quien tiraba sobre quien. De tanto en tanto, se oían gritos; los que controlaban las barricadas paraban a gente que pasaba y quería entrar. Al entrar les hacían levantar los brazos. La mayoría gritaba : «FAI-CNT» para hacerse reconocer como amigos o simpatizantes de estas organizaciones. El que poseía cualquier tipo de documento anarquista podía pasar, pero el que por desgracia tenía un carnet del PSUC o de las Juventudes Comunistas, era interrogado.

Había dificultades de abastecimiento. Mujeres y niños llevaban a los combatientes cestos llenos de víveres. Al abrigo de las barricadas se hacían fuegos y se cocía cordero y huevos en grandes cazuelas llenas de aceite de oliva. La gente regresaba a sus casas para dormir algunas horas. También nosotros, cuando se presentaba la ocasión, comíamos detrás de las barricadas.

En el torbellino de los acontecimientos, no habíamos encontrado a Moulin. Lo encontramos al día siguiente en los «Amigos de DURRUTI», donde reinaba una gran excitación. La gente entraba y salía, unos exigían armas, otros refuerzos ante tal o cual cuartel estalinista. El grupo no poseía más que algunos fusiles y gran cantidad de pequeñas granadas de mano. En la habitación de al lado, Balius; sus amigos y Moulin discutían ininterrumpidamente durante horas. Participamos en estos debates, a menudo violentos. Los miembros de este grupo se consideraban como los vencedores de la lucha, pero no sabían qué medidas tomar ni qué camino seguir. Los representantes de la juventud anarquista los empujaban a la acción. Durante toda la jornada, discutimos con ellos para hacerles comprender que nada estaba todavía ganado. Por la tarde nos pusimos de acuerdo para hacer una octavilla que debía explicar el sentido y el objetivo de estas luchas confusas. Esencialmente contenía las siguientes reivindicaciones:

«Formación inmediata de una Junta de Defensa, Consejo de Defensa compuesto por los elementos revolucionarios de la FAI, de la CNT, del POUM, de la Juventud Libertaria, de los Comités de Milicias aún existentes y de las patrullas de control. Todo el poder a los Comités obreros y campesinos y a los Sindicatos; retirada de los dirigentes anarquistas del gobierno de Valencia; desarme de las organizaciones del Partido Comunista en el interior; mayores presiones sobre el Gobierno Central en vistas al reconocimiento de un nuevo gobierno revolucionario y autónomo en Cataluña».

Firmaba este llamamiento: «Los Amigos de Durruti». El primer problema con el que nos

encontramos fue el de la imprenta. ¿Cómo imprimir un número suficiente de octavillas? Los miembros del grupo conocían una pequeña imprenta en el barrio chino. Acompañado de Moulin y dos milicianos, me puse en camino habiendo tenido la precaución de poner en mis bolsillos dos granadas de mano. Como ya era de noche y los acontecimientos políticos habían trastocado los horarios de trabajo, el taller estaba cerrado. Llamamos a la puerta hasta que salió el propietario, pero no quiso saber nada y rechazó categóricamente abrir su imprenta. Sin embargo cedió rápidamente a la «violencia armada» y, ayudado por su hijo, compuso las pocas líneas bajo nuestra vigilancia. Antes de media noche estaba todo impreso y nos llevamos de cuatro a cinco mil octavillas aún húmedas. De común acuerdo, empezamos a distribuir las octavillas detrás de las barricadas, en las sedes de los distintos partidos y en los cuarteles. Por todas partes nos recibían con desconfianza; los obreros anarquistas no querían oír hablar de política. En muchos sitios incluso nos echaron. Cuando íbamos a distribuir las octavillas detrás de la gran barricada que bloqueaba enteramente la Rambla, entre el Hotel Falcón y el cuartel general del POUM, unos milicianos de esta organización nos detuvieron, a Clara, a Moulin y a mí. Algunos nos trataron de manera ruda y poco amable, sólo gracias a la intervención de Andrede, que nos conocía bien, nos soltaron.

Con el grupo de los «Amigos de Durruti» y con la ayuda de algunos miembros del POUM continuamos, a pesar de todo, distribuyendo nuestro llamamiento aunque sin éxito aparente.

Por la tarde del tercer día del levantamiento, Federica Montseny y García Oliver, los miembros anarquistas del gobierno de Valencia, hablaron por radio. En términos plañideros y emotivos, suplicaron a los trabajadores poner fin a esta lucha fratricida, volver al trabajo, pues era preciso en primer lugar ganar la guerra contra Franco. Una parte de los obreros anarquistas no creyó que fuesen sus dirigentes los que hablaban, pero cuando tuvieron que rendirse a la evidencia, su decepción y su cólera no conocieron límites. De rabia, de vergüenza y de rebeldía, numerosos miembros de la FAI y de la CNT rompieron sus carnets y los echaron al fuego, detrás de las barricadas, en el que todavía cocía la sopa. Por centenas abandonaron el puesto llevándose las armas para ponerlas a seguro. Esta sublevación espontánea y violenta, sin jefes ni mandos, basados más bien en un instinto de defensa que en una verdadera agresividad combativa, languideció. Estaba próximo el fin...»

(Extraído de: *Combats pour la Liberté*, SPARTACUS, 1983). ♦